

SERAFIN J. GARCIA

10

POETAS GAUCHESCOS
DEL URUGUAY

LIBRERIA



BLUNDI

CRA
V.861
54

1863



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

1863

CHICAGO

ANTONIO D. LUSSICH

("LUCIANO SANTOS")

1848 - 1928

Cuando, en el mes de junio de 1872, apareció la primera edición de "Los Tres Gauchos Orientales", publicada en Buenos Aires por la imprenta de "La Tribuna" y firmada por Antonio D. Lussich, el público lector de ambas márgenes del Plata recibió la obra con una mezcla de asombro y de escepticismo.

Tal actitud no carecía ciertamente de justificativos, si tenemos en cuenta que el acontecimiento se produjo durante un período de honda decadencia de la poesía gauchesca, y que el autor del libro, aunque dotado de una singular y fuerte personalidad, que todos respetaban y admiraban, era hombre de mar más que de campo.

En efecto, la poesía gauchesca sufría por entonces una seria crisis. Después que la muerte había acallado —entre otras, no por anónimas, menos claras y viriles— las voces de sus primeros y más genuinos cultores, Bartolomé Hidalgo y Manuel Araújo, ese género se había ido destiñendo, perdiendo poco a poco aquella vitalidad robusta y aquella auténtica substancia de pueblo que tuviera en sus comienzos. Cerrada ya la órbita de la epopeya, cumplido el ciclo histórico de la gesta nacional, ¿qué caminos quedábanle abiertos a una poesía concebida en la lucha, hija de la acción, templada por los rigores y los sacrificios del tiempo heroico a cuyo conjuro advino? Si hasta entonces había tenido una vigencia cálida y actuante, participando de los hechos bélicos y nutriéndose con ellos, siendo instrumento de combate más que anhelo de goce espiritual, ¿cómo seguir viviendo si ya era otra la época, si habíase extinguido ya el fragor de la pelea, si faltaba el encendido acicate

de los entreveros donde ella había relucido como una lanza más, y había integrado el trueno arrebatador de los galopes que estremecían el campo y hacían temblar hasta a la propia muerte?

Desprovista de sentido y de rumbo, de sangre y de calor, la poesía gauchesca se asfixiaba irremediablemente, a la sazón, dentro de una espesa atmósfera de artificio y de trivialidad. Todos los versos de intención criollista que la representaban —o, mejor dicho, que pretendían representarla— en ese lánguido período de su historia, carecían de la presencia auténtica del gaucho, cuyo pulso humano y cuya significación social habíanseles escapado. Pero no eran los autores de tales versos los únicos culpables de ese sensible extravío. Más que a los hombres, debía el fenómeno a la época y a las circunstancias. Si la poesía gauchesca languidecía y se desnaturalizaba en aquella forma era porque había perdido su funcionalidad original, el sentido beligerante y el fuego de la pasión que la habían determinado; porque no teniendo ya palpitación de pueblo en armas, frenesí de pelea, viva fuerza de sangre enardecida, faltábale además la certidumbre de un destino estético capaz de sostenerla y remontarla hacia más altos planos; porque habiendo dejado de ser la espuela azuzadora, el aguijón estimulador para los sacrificios de la guerra, para el viril cumplimiento de las jornadas emancipatorias, tampoco era el ala ni la llama conducentes al logro de una conquista espiritual. Sentíase desposeída de su inicial contacto con la tierra y aún no había descubierto la aptitud del vuelo. Esa era su tragedia. Los poetas vernáculos que se produjeron dentro de ese paupérrimo lapso —todos ellos de ineludible filiación romántica— equivocaron sin remedio el camino. Pugnando por expresar de algún modo nuestro campo y sus hombres, sólo fueron capaces de transmitirnos lo exterior, lo superfluo, la epidermis apenas de la vida rural, y aun eso mismo en una forma altisonante y huera, y a través de un lenguaje que sonaba a importación, a extranjería. El tuétano, la entraña de la tierra y la raza que pretendían interpretar, en vanos desbordes líricos, quedaban siempre al margen de esos cantos hinchados de retórica.

De ahí que nadie, en el primer momento, diera importancia a la aparición del libro de Lussich. Era opinión generalizada

la de que la poesía gauchesca había llegado a su ocaso y no le quedaba ya nada que decir.

Y sin embargo, no había nacido aún el "Martín Fierro", la obra que habría de significar la culminación social y artística del género, elevándolo a una altura insospechada. Y la generación que recibió con desconfianza y pesimismo el advenimiento de "Los Tres Gauchos Orientales", obnubilada sin duda por una actitud mental y espiritual que tenía su origen en la decadencia que antes señaláramos, y a la que el tiempo había ido poco a poco convirtiendo en prejuicio, estuvo muy lejos de imaginar siquiera lo que el poema de Lussich significaba por sí mismo, por sus propios valores intrínsecos, y mucho menos, claro está, el alto destino histórico que le estaba reservado, desde que habría de servir de decisivo estímulo a José Hernández para la creación de su libro inmortal.

Pero antes de analizar la obra de Lussich, conviene que recordemos algunos de los rasgos esenciales de la personalidad del poeta, y tracemos, aunque sea someramente, su semblanza biográfica, a fin de que las generaciones nuevas puedan aquilatar las virtudes de este oriental de recia personalidad, de este fuerte hombre de acción y de aventura, cargado de ímpetus nobles, desbordante de afanes constructivos y de robusta salud espiritual, que a lo largo de sus ochenta años de vida, no se dio la menor tregua en la tarea —tan fecunda y generosa— con que contribuyó al desarrollo de la cultura y al bienestar social de la República.

Nació don Antonio D. Lussich en Montevideo el 23 de marzo de 1848 y falleció en la misma ciudad el 5 de junio de 1928. Fueron características principales de este varón ejemplar, la multiplicidad de aristas de su espíritu, su fortaleza moral, la rectitud insobornable de su conducta y una máscara propensión al riesgo y a la lucha. Tomó participación activa en la guerra civil de 1870, enrolado a las huestes gauchas de aquel famoso caudillo e incomparable lancero que se llamó Timoteo Aparicio. Fue cerebro, égida y timón firme de importantes empresas marinas, habiendo contribuido, con temeridad y denuedo excepcionales, al rescate de un buen número de navíos y de muchísimas vidas humanas, allá en las traidoras y borrascosas costas del Atlántico Sur, donde capitaneara con

singular pericia un excelente equipo de salvataje. Pero la labor que le valió mayor renombre y por la cual habrá de seguir perpetuándose en el tiempo su memoria —hasta que las generaciones futuras rescaten del olvido su poesía gauchesca, ubicándola en el sitio de relieve que le corresponde— fue la que llevó a cabo en el paraje denominado Punta Ballena, hoy prestigiosa zona de turismo, cuya belleza atrae a hombres de lejanos países. Allí, sin otra ayuda que su tesón y su inagotable paciencia, logró él transformar los yermos páramos en tierras fértiles y alegres, sobre las que levantó el verdor triunfal de extensos y magníficos bosques, enriquecidos por una gran variedad de especies forestales hasta entonces no cultivadas en el Uruguay.

Lussich amaba a la naturaleza con un amor profundo y comprensivo, tocado de cierta unción mística que le brotaba de los más íntimos meandros del espíritu. Quienes le conocieron de cerca y tuvieron la suerte de escucharle y verle actuar en la vida, derrochando sin tasa su energía jugosa y saludable, aseguran que había logrado identificarse con ella hasta tal punto, que era capaz de descifrar y entender sus más sutiles y misteriosos secretos. No le eran extraños en manera alguna el lenguaje del mar ni el de la tierra. Frente a la rumorosa inquietud de las versátiles olas o delante del árbol inmóvil y hospitalario, feliz en el cumplimiento de su pasivo destino vegetal, su alma encontraba siempre las exactas vías para una comunicación definitiva. Porque él contenía en su ser a un tiempo mismo, acordados de un modo maravilloso, coexistiendo en integral plenitud, el dinamismo infatigable del mar y la consecuencia serena y tenaz del árbol para con la tierra nutricia, sin el sostén de cuya oscura entraña no le sería posible realizarse.

Pero Lussich amaba sobre todo al hombre, a condición, claro está, de que éste fuese digno del supremo valor que ser hombre significa, para decirlo con palabras del gran Antonio Machado. Exigíale especialmente sencillez y rectitud de conducta, franqueza y transparencia de corazón en el trato con sus semejantes, fidelidad a los dictados de la propia conciencia y a los valores sustantivos que configuraran la verdad de su

alma, su fisonomía esencial, vale decir aquello que nunca debe desmentir ni acallar un hombre auténtico.

Tal vez por eso quiso tanto al gaucho, no obstante las sensibles diferencias que de éste lo separaban. Tal vez lo quiso porque advirtió que el gaucho, a pesar de su rudeza y su ignorancia, tenía el corazón siempre abierto a cualquier llamado humano —como él también lo tenía—, y que era asimismo capaz de entender, a su manera, aquellas voces recónditas de la naturaleza en las cuales Lussich había sabido encontrar el sentido profundo y la verdadera razón del ser, del existir, como entrañable panteísta que era, acaso sin saberlo, acaso sin haberlo sospechado nunca.

Las características principales de Lussich como poeta gauchesco son la agudeza y hondura de la observación, el nunca disimulado propósito de crítica social y la transparente sencillez del estilo, limpio de toda faramalla retórica. Los versos de este autor fluyen de un modo natural y claro, con la espontánea frescura con que fluye cantando el agua de los manantiales nativos. A través de ellos retorna el género criollista a su primitiva forma popular, puesto que así habían cantado los payadores anónimos de la época colonial, y así lo habían hecho también Hidalgo, Araúcho y el argentino Ascasubi, durante los largos años que vivió y escribió en nuestro país, vinculándose profundamente a su historia y al desarrollo inicial de su poesía. Pero ese retorno no significa un retroceso sino una necesaria vuelta al cauce verdadero de la expresión poética gauchesca, abandonado, en vano y erróneo afán innovador, por los cultores vernáculos del romanticismo.

¿Pero cuándo y cómo tuvo el marino Lussich contacto con el campo y con el gaucho?, se preguntarán los que ignoran esta etapa de su vida. A ellos les responderemos que durante los primeros años de juventud del poeta, y como consecuencia de las sucesivas guerras civiles que por entonces azotaban al país, el paisanaje oriental había iniciado una especie de éxodo hacia Montevideo, huyendo de las arbitrariedades de la soldadesca que, ensoberbecida y sin freno, merodeaba a sus anchas por la campaña, cometiendo toda clase de atropellos y haciendo imposible la vida de los civiles. De ahí que los alrededores de la Capital, la parte sub-urbana del norte, especialmente, se hu-

bieran convertido en refugio de gauchos que, con su vestimenta típica y su jerga pintoresca, imprimían a esos suburbios una fisonomía especial, reemplazando con sus hábitos campesinos las costumbres ciudadanas. Lussich, inquieto y curioso, frecuentaba los locales públicos donde ellos se reunían para oírles hablar, para saber cómo pensaban, para conocer las causas que habían determinado aquel éxodo y escrutar el espíritu de aquellos hombres insumisos, rebeldes siempre a toda clase de tiranía, que no cesaban de protestar contra el despotismo y la brutalidad entronizados en el campo.

Más tarde, cuando sólo tenía veintidós años de edad, participó el poeta, como ya lo hemos dicho, en la revolución encabezada por Timoteo Aparicio. Y allí completó —ahora en una forma mucho más viva y profunda— el conocimiento del paisano de su tiempo. Y de allí extrajo además el tema para su poema inicial, “Los Tres Gauchos Orientales”, publicado, repetimos, en 1872, y al que sucedieron “El Matrero Luciano Santos” (1873), “El Rubio Pichinango”, y una obra humorística denominada “Cantilicio Quirós y Miterio Castro en el Club Uruguay”, completando su bibliografía, y fuera ya del género gauchesco, un interesante libro que apareció en 1893, bajo el rótulo de “Naufragios Célebres”, donde hace el autor historia bien documentada de la famosa empresa de salvatajes marítimos fundada por su padre, don Felipe Lussich, y llevada luego por él a un grado insuperable de organización y eficiencia.

Pero volvamos a la influencia que ejerció don Antonio D. Lussich, con la publicación de “Los Tres Gauchos Orientales”, en el ánimo del poeta José Hernández, y que a la postre resultó decisiva para el nacimiento del “Martín Fierro”, el inmortal poema que habría de agotar las posibilidades expresivas de la poesía gauchesca, elevándola a una altura insospechada.

Lussich y Hernández eran amigos. Ligábanlos hondas afinidades de sensibilidad y de temperamento, les preocupaban con igual intensidad los problemas sociales y políticos de su tiempo, tenían una entera similitud de gustos en materia artística.

Cuando se publicó en Buenos Aires la edición primigenia de “Los Tres Gauchos Orientales”, ambos poetas intercambiaron cartas que ilustran al respecto en forma asaz elocuente.

Dice Lussich a Hernández, por ejemplo, al escribirle dedicándole su libro, el 14 de junio de 1872: "En una de sus visitas, haciendo referencia a la última campaña revolucionaria de mi patria y a los sufrimientos de nuestros soldados, me dijo Ud. que un amigo le había hablado respecto a algunas producciones inéditas que yo había escrito en el Estilo Especial que usan nuestros hombres del campo, y que tuviese a bien mostrárselas". "Después de haberlas visto, me estimuló a su cultivo, asegurándome una buena acogida. Bajo tan halagadoras esperanzas y comprendiendo sus buenos deseos, traté de hacer algo que, aunque quizá incompleto por mi poco contacto con aquél elemento, pudiese al menos probarle que no había echado en olvido sus benévolos consejos. Busqué un tema, y lo encontré en la Revolución encabezada por el General Aparicio, vasto teatro donde podía exhibirse con amplitud el drama de las muchas desgracias porque ha atravesado mi infeliz patria". "Concluido este pobre trabajo, a Ud. lo dedico: desearía que tuviera algún valor para ofrecerlo, agradecido, al argentino que tantas simpatías tiene por nuestra causa", etc., etc.

Y con fecha 20 del mismo mes de junio, dice entre otras cosas Hernández en su respuesta: "El suceso que Ud. ha elegido para servir de tema a sus cantos no ha podido ser ni más vasto, ni de mayor interés de actualidad, ni relacionarse más íntimamente con el paisano, ni encontrarse más al alcance de su juicio. En la elección de los tipos puestos en escena ha sido usted igualmente feliz, retratando esos caracteres agrestes, valientes y desconfiados a la vez, con una propiedad que revela la seguridad con que Ud. ha penetrado en ese escabroso terreno. En versos llenos de fluidez y de energía, describe Ud. con admirable propiedad al inculto habitante de nuestras campañas; pinta con viveza y colorido los sinsabores y sufrimientos del gaucho convertido en soldado, sus hechos heroicos, los estragos de la guerra fratricida, y la esterilidad de una paz que no salva los derechos de las diversas fracciones políticas, cimentando el orden y la tranquilidad general sobre la sólida base de la justicia", etc., etc.

Tal fue el juicio que le mereció al futuro autor del "Martín Fierro" el poema gauchesco de nuestro compatriota. Y si entonces ese juicio no llamó mayormente la atención, porque

Hernández era todavía poco menos que un desconocido, fue adquiriendo gran importancia más tarde, a medida que el tiempo iba agigantando la personalidad del poeta argentino.

Y no se puede negar que éste hizo estricta justicia al libro de Lussich, al emitir sobre él su opinión consagratoria.

Es indudable que el cantor de "Los Tres Gauchos Orientales" se preocupó, ante todo, por el injusto destino que pesaba sobre el paisanaje pobre, cuyas zozobras y vicisitudes constituyen el tema principal de su poesía. El gaucho fue para él, más que ese elemento de fácil pintoresquismo y de exitosa explotación teatral y literaria que tantos autores nos han descrito —y nos describen aún—, un ser humano condenado al rigor y al sacrificio, un hombre de carne y hueso al que se le desconocían derechos y razones en su propia tierra, y cuyos sufrimientos hallaron eco profundo en la noble conciencia del poeta. "Los Tres Gauchos Orientales" y "El Matrero Luciano Santos" responden al generoso propósito de señalar a la atención del país, con varonil acento de protesta que en ningún momento se cuida Lussich de disimular —nunca fue hombre de medir ni de temer consecuencias,— las penurias y sinsabores que aquejan al habitante rural, a la vez que el ferviente anhelo de una reparación justiciera que corrija esos males, desencadenados precisamente sobre quienes mayor tributo de sangre y heroísmo habían rendido a la patria, durante el largo y difícil período de su gestación.

Para confirmar este aserto, traeremos a colación las palabras del propio poeta, el cual manifiesta a su editor Antonio Barreiro y Ramos, en carta fechada el 15 de julio de 1883, con motivo de la reedición de "Los Tres Gauchos Orientales" en Montevideo: "Es en verdad halagadora para mí la acogida que ha merecido este libro, en el que he procurado pintar tipos de una raza que podría llamarse legendaria, y que por la ley dominadora del progreso tiende a desaparecer, dejando empero como herencia para las generaciones venideras el recuerdo de su virilidad y patriótica abnegación". Y luego añade: "Tengo legítimo orgullo por el éxito obtenido; no por la importancia que pueda atribuirme del éxito intelectual, sino por la causa que defendiendo, desprendido del partidario exaltado, haciendo únicamente justicia a esos desgraciados parias, víctimas del

abandono en que viven, despojados de todas las garantías a que tienen derecho como ciudadanos de un pueblo libre: ellos, que son siempre los primeros en el peligro, acudiendo al llamado del cumplimiento del deber; ellos, que todo lo sacrifican, hasta sus más caros afectos e intereses, en aras de sus convicciones; ora vagando errantes en el ostracismo, ora perseguidos en los montes como fieras acorraladas, para huir de la esclavitud que les imponen mandones groseros y arbitrarios. Debo a esos pobres hijos de nuestra campaña las expansiones más íntimas de mis veinte años. En épocas luctuosas para la República, he compartido sus alegrías y sus amarguras; los he acompañado en el mejor escenario donde podían exhibirse: el campamento; he escuchado con placer sus canciones épicas; he gozado sus gratas manifestaciones de contento; he sufrido con el triste relato de sus pesares. ¡Cuántas veces la memoria de aquellos tiempos me absorbe horas enteras de meditación, complaciéndome en recordar los momentos pasados en compañía de esos desheredados de la suerte, tan generosos y valientes como desgraciados y mal correspondidos!... Me consideraría feliz si del conjunto hubiese, a lo menos, conseguido entresacar algunos de los rasgos más acentuados de la existencia agitada y semi-nómade del verdadero gaucho, tan digno de estudio por la confusa mezcla de sus pasiones, carácter y costumbres, pero siempre indómito al yugo de la tiranía; acariciado, desde la cuna, por las auras purísimas de la libertad”.

¿Puede acaso pasar inadvertida la similitud de estos conceptos con los que sustentaba Hernández acerca de la idiosincrasia del gaucho y del cúmulo de adversidades e injusticias que, con implacable saña, dejaban caer sobre él los gobernantes sin conciencia y sus obsecuentes y bárbaros sayones? ¿No son ellos, por ventura, los mismos que aparecen a cada paso en las estrofas inmortales del “Martín Fierro”?

Recordemos ahora un fragmento de “Los Tres Gauchos Orientales” donde Lussich, anticipándose al poeta argentino, describe la figura bravía e indómita del matrero:

Pero me llaman matrero
pues le juyo a la catana,
porque ese toque de diana
en mi oreja suena fiero;
soy libre como el pampero

y siempre libre viví,
libre fí cuando salí
dende el vientre de mi madre,
sin más perro que me ladre
que el destino que corrí.

Mi embenao tiene una hoja
con un lebrero en el lomo
que dice: "Cuando yo asomo
es pa que alguno se encoja".
Sólo a esta cintura afloja
al disponer de mi suerte;
con él yo siempre fi juerte
y activo como el león;
no me salta el corazón
ni le recelo a la muerte.

Del campo soy el querido,
del monte soy el adorno,
al pajonal lo trastorno
y en el guayabo hago nido;
como culebra he vivido
encimao a un camalote,
mas nunca he sido el azote
del pacífico estanciero.
Sólo al que atentó a mi cuero
traté "apretarle el gañote.

Viviendo así, siempre andaba,
no cual gaucho de gavilla,
ni piense algún cajetilla
que mi palabra me alaba;
jamás he cargao la taba

pa trampiar, ni fi corsario,
y en un caso estrordinario
jué de mis penas amigo
¡un triste rincón de abrigo
en el monte solitario!

Y a todos en general,
gobiernos, jefes, doctores,
menistros y chupadores,
les va a hablar este oriental;
ponga atención cada cual
con el cuidao más profundo,
que en la justicia me jundo
y el guen deseo me sobra,
y el que en la tierra bien obra
glorioa será en otro mundo.

No lo curtan a macana
al que es paisano de ley,
ni lo traten como a güey,
hincándole la picana;
su suerte hagan más liviana,
dejen que el pobre trabaje,
naide lo insulte ni lo aje
y vivirá muy dichoso,
sin meterse a revoltoso
ni a defender caudillaje.

A través de estas décimas, como más tarde a través de las sextillas del "Martín Fierro", se percibe claramente la intención de liberar al gaucho de los prejuicios con que se ha querido falsear y desnaturalizar su imagen para mostrarlo como a un ser bárbaro, cruel y lleno de vicios, como a un elemento negativo, opuesto a la civilización, empeñado en perturbar de cualquier modo el desarrollo de una sociedad que en vano ha procurado asimilarlo y sumarlo a la marcha del progreso. Pero Lussich, que es tan realista como habrá de serlo Hernández, no cae en el error de idealizar la figura del poblador de los campos sino que lo describe en su estricta dimensión humana, evitando suavizar o embellecer su tosquedad y reciedumbre con la falacia de un atuendo artificioso. Lo que le interesa no es agigantarlo ni perfeccionarlo. Lo sabe oscuro y pobre, desvalido y proscrito, y brega para que se le restituya

al sitio que le corresponde dentro de una colectividad de la que forma parte por derecho natural.

En "El Matrero Luciano Santos", poema que viene a ser una continuación de "Los Tres Gauchos Orientales", y que está dedicado al hermano de Hernández —Rafael—, hay un pasaje por demás sugestivo donde el autor, por boca de su protagonista, se dirige al Presidente Ellauri para explicarle cuál, al sentir del paisanaje uruguayo, sería la forma más humana y justa de gobernar el país. Escuchémosle:

Y hoy hablo a los orientales
y también al Presidente:
que se trate sabiamente
de suprimir tantos males,
y tuitos síamos iguales
sin reparar la color,
pa que unidos al redor
de este pabellón glorioso,
alumbra eterno reposo
su puro y brillante sol.

Yo soy un triste paisano
que en leyes soy gallo ciego,
pero a naide me le allego
pa que me tienda la mano;
gracias a Dios soy liviano
y guapo pa trabajar,
valor no me ha de faltar
por los guesos de mi aguela!;
nunca seré sanguijuela
que el oro me haga pagar.

Nunca almita, se lo imploro,
don Ellaura, el Presidente,
que me lo rodé esa gente
pa chupetiarle el tesoro;
le prosiarán más que loro
pa que beba en su pichel,
y veneno en vez de miel
le darán si los atiende:
luego el más santo lo vende
o lo cuelga de un cordel.

Con los güenos sea usted güeno;
castigue al pícaro y terco;
no sirve atarlos al cerco
cuando el torsal es ajeno;
el coraje es el terreno
que usted siempre pisar debe,
y al que cuentitos le lleve
paguelé con el disprecio,
porque es el único precio
que merece cierta plebe.

A los jefes dé de baja
que a costa de los soldaos,
en poco tiempo cuajaos
vieron tirador y caja;
si el pasmo no les ataja
a quien manda batallones,
le han de cobrar las raciones
para gente nunca vista...
¡Pero jamás verá en lista
que por hambre hay resercciones!

Como alvertencia y con maña
escuelas mande poner,
pa que puedan aprender
los hombres de la campaña;
porque es disgracia tamaña
en tiempo tan alantao,
ver tanto criollo negao,
más duro que las murallas,
¡que sólo marca sus rayas
con la hoja del embenao!

Con los pobres no sea duro
cuando le falten razones,
ni largue contribuciones
que causan más de un apuro;
si usted lo hace, yo le juro,
en nombre de la gauchada,
que no ha de faltarle nada
para que viva tranquilo,
y siempre hallará un asilo
en medio a la paisanada.

“Estando la vaca atada
el ternero no se va”;
lo mismo usted puede, acá,
evitar cualquier pueblada,
si no le pierde pisada
al que, engréido por su rango,
siempre busca en el fandango,
pa calzar, cualisquier medio,
pues es fácil el remedio
teniendo el sartén por el mango.

Aunque si li haga, aparcero,
mil alforzas en el cejo,
oiga paciente el consejo
que quiere darle un matrero;
nunca se apegue al dinero
del país, y pa no pecar,
hágalo siempre tapar
de modo que no se vea,
y el pueblo oriental no crea
que usted es capaz de uñatiar.

Me han puesto ronco los cantos,
tiro al suelo la guitarra,
si he sido un poco chicharra
las causas son mis quebrantos;
sepa que Luciano Santos
como pueta y payador,
le ha de correr al mejor
sin mirar tiro ni cancha;
y si quiere la revancha
se la dará este cantor”.

Estos fragmentos que acabamos de transcribir revelan a las claras que don Antonio D. Lussich no se andaba por las ramas en lo tocante a emitir sus opiniones acerca del gobierno. Dirigiéndose, por intermedio de sus héroes gauchescos, a los mandatarios de la época, en momentos de incertidumbre política, de confusión y violencia, que hacían peligrosa esa libertad de pensamiento, señalábales con ruda franqueza los males que aquejaban al país —y en especial a los habitantes de la campaña—, y hasta se permitía indicarles remedios para curar habitantes de la campaña—, y hasta se permitía indicarles remedios para curar dichos males. No le interesaban la belleza formal, el brillo de la imagen ni el alarde retórico. Escribía con la llaneza —no exenta de ingenio y gracia— con que conversa el pueblo. Sus estrofas acusan a veces desaliño, pero jamás torpeza ni ramplonería. Y si en ocasiones lindan con el prosaísmo, las salva siempre a la postre esa saludable lozanía de que están imbuídas.

Con Lussich recobra la poesía gauchesca su fertilidad y su vigor primitivos, vuelve a enraizar en la entraña popular y a sustentarse de sus jugos esenciales. Aunque nacida en una

época triste, bajo el signo fatídico de las guerras civiles, la obra de este autor no se deja asfixiar sin embargo por el pesimismo. Antes bien, la levanta sobre esa amarga etapa de la historia nacional un impulso de robusta y varonil esperanza. No viene a llorar estérilmente sobre el luto y la sangre que caracterizan esa hora sombría, sino a señalar y fustigar las causas que la han determinado. Trae un mensaje constructivo, optimista, y se lanza a pregonarlo sin miedo ni titubeos, obediendo fielmente al cumplimiento de aquel destino que entiende que es el suyo, el verdadero y único.

La poesía gauchesca de don Antonio D. Lussich cierra entre nosotros el gran ciclo que, iniciado por Hidalgo y continuado por Araújo, se alimentó de la sustancia de nuestro pueblo y luchó y sufrió con él, de quien había nacido y a quien pertenecía.

Pero las proyecciones de esa poesía van más lejos aún, desde que es ella la que conduce el género hacia el gran poema que habrá de florecer poco después, en la otra banda del Plata, y que, resumiéndolo y elevándolo a la categoría de arte, será su culminación genial: el "Martín Fierro" de Hernández.

Lussich es el más alto e importante peldaño de la escala que lleva hacia esa cumbre de la poesía gauchesca. Y por eso sus décimas sencillas, rezumantes de genuina savia criolla e iluminadas por la alta luz del amor, la verdad y la justicia, se han ganado el derecho a perdurar en el corazón de nuestro pueblo, cuyo destino y cuya historia integran.